

LA MUERTE DE GARCÍA LORCA

Carta abierta a José Luis Vila-San-Juan por su libro «García Lorca, asesinado: toda la verdad»

Muy señor mío:

Acabo de leer su libro que, como es natural, esperaba con gran interés. Quisiera primero aclarar algunos puntos relacionados con mi trabajo *La represión nacionalista de Granada en 1936 y la muerte de Federico García Lorca* (París, Ruedo Ibérico, 1971), que usted menciona con frecuencia. Escribí la primera redacción de este libro en inglés, entre 1966 y 1968. Por entonces ningún editor británico mostró interés en publicarlo, y por fin lo mandé a Ruedo Ibérico. Esta casa aceptó publicarlo, pero tardó dos años en traducirlo al castellano. La traducción resultó bastante mala, y tuve que rehacerla yo mismo. Esto podría explicar el que hubiera en el texto unos lapsus estilísticos y ciertas inexactitudes y confusiones. Claro que también había en el libro algunos errores factuales.

En 1971 visité otra vez España. Varios amigos granadinos que habían leído ya mi libro me ofrecieron críticas, sugerencias, precisiones, nuevos datos. Mucha gente me escribió. Luego, en 1973, publiqué una edición muy revisada del libro, en inglés, titulado *The Death of Lorca* (Londres y Chicago). Esta edición es la que considero más mía en mí, como dijo Rubén, y es evidente que usted hubiera debido manejarla para el análisis de lo que yo he dicho en torno al tema de la muerte de Lorca. Por lo visto usted desconocía su existencia, lo que es realmente increíble en el caso de un investigador que se las da de gran seriedad. ¿No se le ocurrió que a lo mejor publicaría otra edición revisada del libro? ¿Por qué no se puso en contacto conmigo? Me hubiera sido grato hablar con usted, ayudarle en lo posible, acaso sugerir algunas posibilidades de investigación, recomendarle a amigos míos en Granada, etcétera. Mi único interés, siempre, ha sido que el enigma de la muerte del poeta se aclare; labor, en fin, que tiene que ser cooperativa.

En realidad, su libro me ha decepcionado profundamente. Contiene poquísima originalidad, y sigue en muchos aspectos lo ya publicado por Marcelle Auclair, por mí, por otros, y casi siempre sin reconocer su deuda para con los que nos hemos ocupado durante años en desenterrar hechos y documentos, en deshacer mitos. Y, a

propósito, me ha sorprendido mucho encontrar que ustedes (y digo ustedes porque esto ya implica también a Editorial Planeta) han tenido la cara de reproducir sin permiso varias fotografías de la edición *Ruedo Ibérico* de mi libro. Supongo que ustedes, aprovechando el que mi libro esté prohibido en España, decidieron que no hacía falta solicitar nuestra autorización. Tal procedimiento no me parece muy caballeresco.

Ruiz Alonso, *Corporativismo* (Salamanca, 1937). Por lo visto ustedes tampoco pudieron encontrar este libro, ya que reproducen mis fotos de su portada y cubierta (otra vez sin permiso, claro).

Podría añadir a estos nombres muchísimos más. Entre los ya fallecidos, pienso especialmente en Gerardo Rosales, con quien tuve larguísimas conversaciones sobre la organización de la Falange en Granada en los primeros días del

dice, o no dice, del comandante José Valdés Guzmán, gobernador civil de Granada desde el 20 de julio de 1936.

Veámoslo. En el capítulo sobre la muerte de Lorca incluido en su libro anterior, *¿Así fue? Enigmas de la guerra civil española*, salido en 1972, usted nos dice que Valdés era "falangista de los primeros tiempos", es decir, "camisa vieja". No sé cuál sería su fuente (usted no gusta de precisar fuentes), pero supongo que es la *Historia de la Cruzada Española*, donde leemos (volumen tercero, tomó once, 1941, página 275) que, a consecuencia de la visita del delegado falangista José de Arrese a Granada en la primavera de 1936 se nombró a Valdés jefe de milicias de la Falange granadina.

Por lo que tocaba a Granada, la Cruzada se basaba, creo, en el libro de Gollonet Megías y Morales López, Rojo y azul en Granada (Granada, 1937), que da este mismo dato, y muchos más sobre Valdés. En el capítulo "El señor Valdés, organizador de la conspiración civil" (páginas 97-106), los autores, periodistas relacionados con el diario *Ideal*, subrayan el papel primordial desempeñado por Valdés como enlace entre la Falange y la garnición granadina. Efectivamente, Valdés fue el único "camisa vieja" con cargo directivo antes del movimiento que también fuera oficial del Ejército. Y, fíjese bien, Valdés no fue un oficial cualquiera



Portadas de los libros de Gibson y Vila-San-Juan.

Usted se refiere a mi amigo el doctor José Rodríguez Contreras, de Granada, diciendo que no sólo me ayudó en mis investigaciones, lo que es verdad, sino que me "dictó casi la mitad del libro" (página 36). Esto no es exacto ni justo, y no creo que don José lo haya afirmado. El sabe, como yo, que tres personas fallecidas poco después de la salida de mi libro en 1971 me ayudaron tanto o más que él. En la edición inglesa de mi libro los nombro: don Miguel Cerón (intimo de Falla y de Lorca), el doctor Rafael Jofré García y don Antonio Pérez Funes (a quien usted también nombra). Tenía con don Miguel Cerón una relación especialmente amistosa, y durante un año me reunía con él por lo menos dos veces por semana. Me facilitó un montón de datos, recuerdos y documentos granadinos. Incluso me regaló un ejemplar del inencontrable libro de Ramón

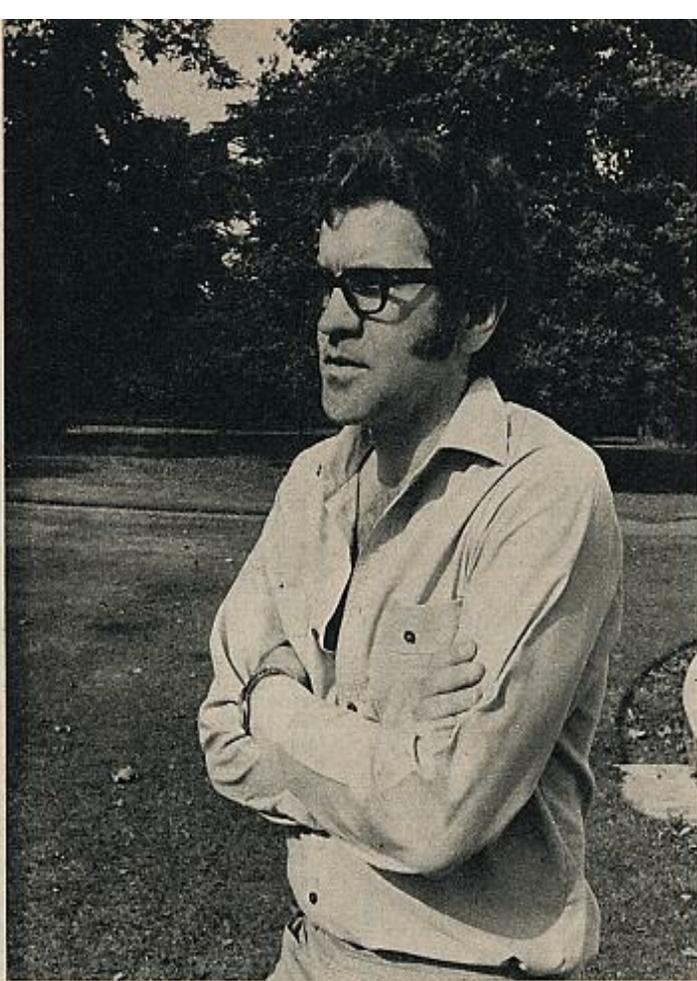
Movimiento. Entre los vivos son innumerables las personas que me ayudaron; a unas podría nombrar, a otras, por razones obvias, no.

Miles de conversaciones, pues, docenas de contactos de toda clase, y también unas amistades verdaderas. Por eso me molesta que usted se crea en el derecho de decir tranquilamente que mi amigo el doctor Rodríguez Contreras me dictó casi la mitad de mi libro. Y eso cuando al mismo tiempo usted utiliza los documentos y datos que yo descubrí y publiqué hace cuatro años, material que no me dictó nadie.

No voy a discutir aquí las varias otras injusticias que usted comete conmigo. Esto sería abusar de la paciencia del lector. Pero sí quiero destacar un aspecto fundamental de su libro. Se trata de lo que yo considero su actitud pro falangista y, especialmente, de lo que usted



José Luis Vila-San-Juan.



Ian Gibson.

sino "comisario de guerra" y hombre, además, que había tenido mucha experiencia en la guerra de África. ¿Quién mejor, pues, para asumir el cargo de jefe de las milicias falangistas de Granada?

Pues bien, una de las cosas que más me ha llamado la atención en su nuevo libro es que ni una sola vez da usted a entender que Valdés fuera falangista. Ni una sola vez. ¿Por qué? ¿Es que usted cree que estaba equivocado al escribir en 1972 que ese señor fue "falangista de los primeros tiempos"? ¿Pero usted estaba bien informado! ¿Está probado que Valdés fue "camisa vieja"?

Y hay otra cosa. Usted dice repetidas veces que José Rosales era más importante, como falangista, que Valdés. Según usted, Rosales "ha estado en todo el teje y maneje de la conspiración" (página 115). Esto es, sencillamente, falso. Y si usted hubiera estudiado el libro de Gollonet y Morales, que por cierto incluye en la endeble biografía añadida a su narrativa, lo sabría. Estos autores insisten una y otra vez en que fue Valdés "el jefe falangista" de la conspiración civil en Granada (página 107), "el organizador de los elementos de orden" (página 90), etcétera. Además es obvio que, dada la ilegalidad de la Falange desde el 14 de marzo de 1936, la condición de militar de Valdés le proporcionaba mayor

protección que a los demás conspiradores falangistas, a quienes los frentepopulistas granadinos espían y hostigaban constantemente. Espiaban también a Valdés (en cuya casa, calle San Antón, se reunían frecuentemente los falangistas), pero les era más difícil amenazarle, ya que, como militar, iba siempre armado. Gollonet y Morales describen una escena típica: "La chusma requirió a los guardias que se hallaban cerca de Telégrafos para que detuvieran al señor Valdés y compañeros y les cachearan; pero al ser encañonados con las tercerolas, el comandante Valdés mostró su condición de militar y no le registraron. No así a sus acompañantes..." (Página 103.)

¿Por qué poner en tela de juicio lo que dicen estos autores, tan enterados de lo que pasó en Granada en 1936? No tendría ninguna razón para falsear este aspecto de su narración.

Esto en cuanto a la posición de Valdés dentro de la Falange granadina. Pero usted no se queda allí: "Si Valdés llega a gobernador civil en cuanto estalla el Movimiento, lo será porque José Rosales así lo ha recomendado. Porque Pepiniquí (es decir, José Rosales), sin ningún cargo importante ni antes, ni en, ni después, del 20 de julio, antes es el que pone y dispone" (págs. 147-8). La frase —forma y fondo— es un

verdadero esperpento. ¿A quién había recomendado José Rosales que se hiciera gobernador civil a Valdés? ¿Y qué autoridad tenía él, José Rosales, que ni siquiera era militar, que tenía además veinte años menos que Valdés, para hacer tales "recomendaciones"? Es cierto que Rosales, como Cecilio Cirre y Enrique de Iturriaga, era "camisa vieja" y jefe de sector falangista, pero comparado con la posición de Valdés este último cargo no tenían gran importancia. El hecho es que Rosales no tuvo nada que ver con el nombramiento de Valdés como gobernador civil. Ideal, en una página que usted mismo reproduce, nos da la clave: "Declarado el estado de guerra en nuestra capital y provincia, por la autoridad militar fue designado para el cargo de gobernador civil el comandante, comisario de guerra, don José Valdés Guzmán..." (26 de julio de 1936). Sin recomendaciones, claro, de José Rosales.

Valdés, insisto en ello, era no solamente "camisa vieja" de Falange, sino oficial del Ejército y, como tal, estaba en contacto a la vez con los demás conspiradores falangistas y con sus propios compañeros rebeldes de la guarnición granadina (entre otros el coronel León Maestre, jefe del Regimiento de Infantería Lepanto y primer comandante militar de la Granada nacional, el coronel Muñoz Jiménez, jefe del Regimiento de Artillería ligera; el comandante Rodríguez Bouzo, el capitán García Moreno). Y así como Valdés había sido en la primavera de 1936 el mejor candidato para asumir el cargo de jefe de las milicias falangistas, era luego, en julio, la persona más idónea para ser nombrado gobernador civil por los militares rebeldes.

Así, pues, comparado con Valdés es imposible que José Rosales tuviera la importancia que usted le atribuye, y eso por mucho que no lo quieran aceptar en 1975 los noctámbulos ex falangistas de Granada.

El hecho incontrovertible es que Valdés, quien según todos los investigadores, incluido usted, dio la orden de matar a Lorca, fue entre otras cosas "camisa vieja".

Creo, en fin, que al suprimir usted toda referencia a los antecedentes falangistas de Valdés y al decidir no investigarlos a fondo, muestra, así como en otros aspectos de su narración, una línea apologética pro-falangista. Sólo puedo conjeturar el porqué de esta ofuscación.

Un dato más: Valdés no puede desmentir las muchas inexactitudes que de él se cuentan porque murió en 1939. Está enterrado en el cementerio de Granada, patio Santiago

No es posible que yo haga aquí un detallado análisis de las demás confusiones y omisiones de su libro. Esto pienso hacerlo en otro sitio. Celebro, claro, que la verdad, o parte de la verdad, sobre la muerte del poeta vaya poco a poco conociéndose en España. Pero me parece, sin embargo, que su libro es esencialmente un fracaso. Con toda la ayuda que le han dado otros investigadores, con todas las posibles pistas a seguir, ¿cómo es que no haya podido descubrir nada realmente nuevo, con la excepción de unos pocos detalles? No tiene documentación original; no ha hablado con Nestares; no ha hablado con Ramón Ruiz Alonso; no ha hablado con los enterradores de Viznar, ni con la persona que enterró a Lorca; no ha hablado con Antonio Godoy y Sánchez Rubio, quienes, según un texto citado por usted, fueron con Ruiz Alonso a detener a Lorca (¿o es que estos señores han muerto recientemente?); no ha encontrado el expediente sobre Lorca que según varios testigos existe en el Ministerio del Interior; no ha hablado con Angelina, la criada de los Fernández Montesinos, o, en el caso de que haya muerto ya, con su hija, también muy enterada de cuanto pasó en la Huerta de San Vicente (1); no ha hablado, por lo visto, con la familia de Dióscoro Galindo González, el maestro cojo de Pulianas, matado con Lorca y cuya certificación de defunción publiqué en 1971; parece que tampoco ha hablado con Eduardo Molina Fajardo, director del diario granadino Patria, que sabe mucho de la muerte del poeta; y muchísimas cosas más. La triste realidad es que usted no dice toda la verdad sobre el caso que nos ocupa, ni mucho menos, y habría sido más modesto no pretender tanto como el título de su libro sugiere.

Pero vamos a dejarlo. Nada de lo que llevo dicho obstará para que su libro, de fácil y agradable lectura, tenga un gran éxito en España; y estoy seguro que se agotarán pronto los 22.000 ejemplares de la primera tirada, rindiéndole a usted y a su editor espléndidos beneficios. Entre tanto el libro mío, que en un editorial de ABC calificó don José María Pemán de "escrito con honestidad intelectual y sin pasión deformadora", quedará prohibido. Lo que no puede sino entristecerme.

Reciba un saludo de su s. s.,

IAN GIBSON

DEPARTMENT OF SPANISH,
BIRKBECK COLLEGE
(UNIVERSITY OF LONDON)

(1) Sobre este tema ver TRIUNFO n.º 659: Los últimos días de Federico García Lorca: El testimonio de Angelina, por Antonio Ramos Espejo.